per con los nexos triviales y cómodos de la vida diaria. Rompimiento que lleva en sí un triple aspecto, un triple movimiento, del que no parece darse cuenta Masson-Oursel: se crea un desgarramiento, un rompimiento, que surge en y por la conciencia de una desadaptación con la sociedad en que se vive, desgarramiento que funge como motor inicial y fin del progreso, que produce y posibilita el sentimiento de respeto y admiración conque el común de las gentes se enfrentan a las personalidades. Estas dos actitudes frente a ellas serían las que llevarían a una sociedad a seguir tras las huellas de esas conciencias desgarradas.

Quizás más coherente que Masson-Oursel sea Bernard Shaw, cuando por boca de uno de sus personajes dice: "El Hombre razonable se adapta al medio; el hombre fuera de razón ensaya adaptar el medio; por eso el progreso es obra de imbéciles" [32]. Y es más coherente el dramaturgo, ya que tiene en cuenta lo que el moralista no tiene y llega hasta donde aquél no se atreve a llegar. Llega, no sin cierta ironía, a una de las pocas conclusiones posibles de derivar de esas tesis. Tesis que, en sus dos aspectos, son bien difíciles de sostener, sobre todo cuando se quiere tener en cuenta la realidad concreta del pasado. Tesis a las que es bien fácil llegar cuando se pretende mostrar una actitud moralizante y cuando se quiere derivar de ella, buscando rastrearla en la historia, para concluir con una visión plenamente moral de nuestro presente.

32. Bernard Shaw, cit. L. Febvre, *Combates* . . . , ed. cit., p. 11.

Capitulo III

Personalidad y Suceso

§ 6. *Suceso e historia*

En párrafos anteriores nos referíamos al valor que puede encontrarse tanto en la vida como en la acción de las personalidades. En esa primera formulación adquirían valor, o reflejaban alguno de ellos, en la medida en que podían convertirse o presentarse con las características de un *hecho histórico*. Así, el problema de la acción de las personalidades nos lleva a enfrentarnos, en la medida de lo posible, y en aquello que tiene que ver con el presente estudio, con un nuevo e importantísimo factor de lo histórico —entendido no importa cuál de sus manifestaciones tradicionales y enfrentado con no importa cuál de los métodos hasta ahora propuestos—. Este nuevo factor bien puede ser entendido y comprendido como el núcleo de la historia, como el elemento básico de la historiografía; es *el suceso, el acontecimiento, el evento, el hecho o circunstancia histórica*. Que de todas estas maneras se acostumbra a denominar. [1]

De un primer golpe de vista parece como completamente innecesario el enfrentarse al estudio de lo que es, sea o constituya un suceso histórico. Aparece como definitivamente absurdo y fuera de lugar el cuestionar, o cuestionarse, sobre qué es o cuáles son, no digamos las características peculiares que hacen que un acontecimiento común se convierta en un suceso histórico, problema que puede mostrarse dotado de cierta validez, sino cuestionar el por qué del suceso histórico mismo. El preguntarse si existe, en sí y por sí o en función de algún otro elemento, algo así como un suceso histórico. El preguntarse sobre la posibilidad total, parcial o relativa de su conocimiento.

Preguntas éstas que de ser planteadas a un historiógrafo o a un archivista nos valdría ganarnos todo su desprecio y conmiseración. Ya que para el historiógrafo común, tanto como para el

1. Para comodidad y unificación de vocabulario sólo emplearemos la expresión suceso, sobreentendiéndose que es sinónimo de acontecimiento, hecho, acción o de no importa qué expresión o giro que implique la idea de un suceder clave en el devenir de los hombres.

hombre de la calle, el suceso histórico no es un problema: es algo que está ahí, en los libros, en las historias, en los archivos, en los documentos, en la tradición, en las ruinas. Todo eso es muy cierto. Efectivamente seríamos dignos de todo desprecio si tan solo por un momento dudáramos de esa 'verdad'. Pero también es cierto que encontramos tanto en los libros, en las historias, en los archivos, en los documentos, en la tradición y en las ruinas toda una serie de acciones, de hechos que no son 'históricos', que nada dicen, que no tienen trascendencia ni importancia. Como si esto fuera poco, se encuentra, sin lugar a dudas, un fenómeno todavía más importante y significativo: muchos de los datos que apaciblemente dormían, por no tener importancia, por no ser sucesos o por no mentarlos, adquieren y toman toda la necesaria importancia para aparecer y ser considerados como poseedores de todos aquellos atributos que se consideran indispensables para ser dignos de figurar como sucesos históricos plenos y acabados. Desde luego no nos estamos refiriendo a lo que pueda encontrarse en documentos desconocidos o perdidos, el problema en este caso es completamente diferente y definitivamente obvio. Muy por el contrario, estamos teniendo en cuenta aquellos datos conocidos por historiógrafos y archivistas y, por ellos mismos, desechados en un momento y aceptados, analizados y aprovechados en otro. Tampoco nos estamos refiriendo a los datos que en una investigación concreta y determinada puedan ser dejados de lado por no corresponder a los fines generales que previamente se ha trazado el investigador. Por el contrario, estamos pensando en hechos tales como por ejemplo: el desconocimiento, por indudable desprecio, en que hasta hace relativamente muy poco tiempo se tuvo a los hechos económicos y a los datos que los mentaban, a aquello que hoy denominamos "Sucesos Económicos". Para el historiógrafo de los siglos XVII y XVIII las noticias que se encontraban en los archivos sobre el precio del trigo o de las papas en Francia, o sobre la producción textil en Flandes, o sobre las importaciones o exportaciones que de Cádiz se hacían hacia Veracruz o Cartagena de Indias eran meras curiosidades enfadosas y sin mayor significación, sin posibilidades aclaratorias. Pero hoy, todos lo sabemos, aún los profanos, estos hechos son o representan sucesos históricos de gran importancia. Así pues, el dato que ayer era despreciado y se encontraba muerto hoy es suceso viviente afanosamente buscado y rastreado.[2] —Igual sucede aunque en otro nivel y por diversas causas, que trataremos de analizar más adelante, con las personalidades. Aquella que ayer era despreciada, desconocida o minimizada, la acción que ayer no tenía la menor de las importancias, hoy puede ser glorificada y destacada como expresión de singular importancia para el mejor conocimiento de un determinado momento de una sociedad concreta—.

Por lo anterior podemos darnos cuenta del principal e importantísimo lugar que debe ocupar, y de hecho ocupa, en toda reflexión sobre la historia y sus problemas el análisis del por qué y del cómo de esa transformación y cambio de potencia que hace que un simple hecho, que un dato menospreciado, se convierta en la manifestación y relación de un suceso. Análisis que lleva aparejado otro mucho más importante y por el cual se debería poder desentrañar qué sea y constituya las notas esenciales de cualquier suceso histórico, sin importar de qué tipo sea o que manifestación de la ciencia histórica pueda cobijarlo. Quizás el esclarecer uno de estos factores produzca la comprensión del otro y nos ayude al esclarecimiento del papel de las personalidades y el impacto de su acción.

¿Cuál es, de existir, la diferencia entre un suceso histórico y un hecho intrascendente temporalmente acaecido en el pasado? Antes de tratar de dar respuesta debemos detenernos, aunque sólo sea por un momento, tratando de esclarecer otro interrogante mucho más fundamental, por constituir el postulado básico en torno al cual debe descansar toda interpretación que se pueda hacer sobre el suceder histórico: *¿Qué es lo histórico?* ¿Es posible encontrar alguna constante, alguna característica, casi nos atreveríamos a decir esencial, del devenir histórico en cuanto tal?

Lo histórico, nos dice un destacado historiador, "es aquello que produce o ha producido efectos"[3]. Por sí sola esta definición no parece ser susceptible de aclararnos gran cosa. Ya que si es his-

2. Confróntese, por ejemplo, la interesantísima investigación que hace el historiador F. Braudel sobre los sucesos económicos en la época de Felipe II. (*El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, ed. Fondo de Cultura Económica, México.)
3. Edward Meyer, "Sobre la teoría y la metodología de la historia", en *El historiador y la historia antigua*, trad. Carlos Silva, ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1955, p. 34.

tórico todo aquello que produce efectos, que tiene consecuencias, podríamos pensar que en el momento mismo en que las consecuencias dejan de obrar, de existir, parejamente el supuesto hecho histórico debería dejar de tener importancia, debería dejar de ser. El mismo historiador Meyer se encarga de transformar esa definición en un interrogante que parece poder darnos nueva luz: "La pregunta histórica podría formularse así: ¿Qué es lo que produce estos efectos? Lo que reconozcamos como fundamento de ellos será un acontecimiento histórico" [4]. El método, puesto que no es otra cosa lo que E. Meyer está postulando, nos indica que en alguna forma, hasta ahora misteriosa, debemos recrear uno o algunos de los aspectos y manifestaciones del supuesto hecho, aunque no nos dice cómo hacerlo, para poder actualizarlo y verlo como formando parte de nuestro presente, para tratar de ver los *aspectos* como *efectos*. Con la aplicación de este peculiar método se nos puede y debe hacer patente una nota fundamental de lo histórico: *no es uno o muchos sucesos sino un proceso*. Aparentemente regido y gobernado por la inexorable ley de causa-efecto.

De ser la afirmación anterior valedera y plena de sentido hace aún falta aclarar cuáles son las notas peculiares, propias del proceso histórico. En páginas anteriores escribíamos, cómo para nosotros, la historia entendida, comprendida y enfrentada como ciencia debe ser vista como una ciencia intencional que debe buscar el sentido legítimo de un conjunto dado de datos, experiencias y vivencias. Una ciencia social en la que el horizonte de posibilidad, los problemas y los fines deben ser puestos por unos hombres determinados en un momento determinado: los trabajadores de la historia, los historiógrafos, los usualmente llamados historiadores. Por ello concluíamos: "la historia comienza cuando se dirige el interés sobre realidades individuales cualificadas o cualificables, diferentes a otros fenómenos de una misma especie". Anotábamos también, que esto era lo que hacía que sólo existiese una historia que descanse y tenga como finalidad el estudio de las acciones, pasiones, intenciones, obras y vivencias humanas [5]. Los acontecimientos y los procesos naturales en sí mismos pueden ser descritos como secuencias de hechos que no guardan entre sí más relación que la

4. Meyer, *op. cit.*, p. 34.
5. *Cf. supra*, p. 37 y nota 9.

formal de encadenamientos del tipo causa-efecto, salvo que intervenga en ellos un nuevo factor que, por así decirlo, les de vida. Ese nuevo factor que hace que los procesos naturales puedan convertirse en históricos no es otra cosa que la intervención humana. En el caso del llamado mundo de la naturaleza no es el encadenamiento de causa-efecto en sus fenómenos, y dentro de ellos, el factor que puede hacerlos ver bajo una dimensión histórica o como formando parte de un proceso histórico. Es en la intervención de la actividad humana donde descansa la historicidad de la naturaleza y sus procesos. —Se puede argüir, como de hecho suele hacerse con más frecuencia de la necesaria, que el mundo natural es en sí y ante sí mismo histórico. Que, por ejemplo, las ciencias geológicas son las encargadas de hacer patente ese devenir histórico propio de las capas terrestres. Que la química nos muestra el desarrollo histórico que es dable encontrar en la combinación y formación de los diferentes elementos que se dan y encuentran en el mundo natural. Esto es cierto. Pero no debemos olvidar o dejar de lado otro hecho tan valedero o más que el anterior: cuando la geología nos quiere mostrar ese su carácter histórico lo que está haciendo es relatarnos o bien cómo el hombre ha intervenido en su campo de acción, qué relaciones ha mantenido con el mundo natural, o bien cuál es el desarrollo que como unidad, como ciencia, han tenido los estudios, hechos por los hombres, del mundo físico. Lo natural,: lo físico, sólo es histórico en la medida en que se relaciona o es relacionado con el elemento aportador de historicidad por excelencia: el hombre y las relaciones humanas—.

nifiesto, una nota característica de lo histórico: es un *proceso pre-*

Podemos decir que hemos encontrado, o se nos ha hecho ma*térito esencialmente centrado en torno de lo humano*, en torno de manifestaciones humanas reales, potenciales o ideales. ¿Pero, esas manifestaciones humanas deben ser entendidas y comprendidas como acontecimientos insulares, aislados, o como un conglomerado de procesos que no muestren entre sí mayores nexos o interrelaciones, o como la ordenada suma de procesos que naturalmente se ordenan y dirigen hacia un fin predeterminado y concreto?

Según uno de los más renombrados sostenedores de lo que bien pudiéramos llamar la moderna escuela histórica inglesa, Robin G. Collingwood, no existen hechos históricos aislados. Y no existen,

porque no tendrían ninguna significación, no dirían nada. De existir, y debemos pensar que si existen, su existencia, sólo sería negativa o, en el mejor de los casos, parasitaria. Tomarían su realidad, es decir, mentarían algo, sólo en función de un proceso del cual aparecerían formando parte o al cual pudieran ser asimilados de acuerdo con las necesidades de un determinado estudio [6]. Así pues, para el autor de la *Idea de la Historia* sólo existen, sólo se encuentran en la historia procesos, que no están aislados, que mientan no importa qué tipo de actividad humana, ni procesos o secuencias de acontecimientos, susceptibles de mostrar acciones o interacciones entre sí. El así ver la historia sería el comprenderla dentro de los marcos de una total deshumanización, sería el verla tan fría y rígida como se muestran los procesos naturales. Si muy por el contrario, se quiere ver a la historia de acuerdo con las características que en el anterior párrafo anotábamos como siendo las propias de lo histórico: proceso pretérito centrado en torno de lo humano, es menester, y siguiendo el pensamiento de Collingwood, verla como la manifestación de *procesos de acciones humanas* que, por ello mismo, tienden o apuntan hacia un interior, hacia un núcleo propio y esencial, que está constituído y consiste en *procesos de pensamiento*. El historiador debería mantenerse y contentarse, según nuestro punto de vista, y en su labor como investigador, en una búsqueda y redescubrimiento de esos procesos. Así, "toda historia es historia del pensamiento"y sólo tienen historia los procesos humanos [7]. Podemos considerar, de compartir este punto de vista del autor que nos viene ocupando, que las manifestaciones humanas históricas, las manifestaciones del pensamiento, no son en modo alguno una suma de procesos que naturalmente se ordenan hacia un fin predeterminado y concreto. Sostener esta última afirmación implicaría introducir un punto de vista teleológico o providencialista dentro de los campos de acción más propios del hombre y del desenvolvimiento de la libertad humana.

Si lo único que nos muestra la historia son los múltiples y variados procesos de acciones humanas y los procesos de pensamiento

6. Nos topamos en este momento, como ya lo hemos apuntado, con un nuevo problema al que nos referiremos más adelante: la ingerencia de la subjetividad del historiador en la investigación y narración de la historia.
7. Robin G. Collingwood, *La idea de la historia*, trad. E. O'Gorman y J. Hernández C., ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1952, p. 249.

que los han originado y a los que dan origen, ¿son hechos históricos todas las acciones humanas, sino lo son, de dónde proviene, en qué se basa y fundamenta, esta posible división?

Collingwood muy claramente expresa, en su ya citada obra, que sólo algunos de los hechos humanos son merecedores de ser catalogados como históricos. Aquellos que claramente se diferencian de las acciones y procesos biológico-animales pueden ser catalogados como formando parte de ese amplio proceso que es la historia. "Así pues, nos dice este crítico de la historia, el historiador no se interesa en el hecho de que los hombres comen, duermen y practican el amor y satisfacen así sus naturales apetitos pero se interesa en las costumbres sociales que los hombres crean con el pensamiento a manera de marco dentro del cual hallan satisfacción estos apetitos según maneras sancionadas por la convención y la moral" [8]. Francamente la respuesta que hasta ahora nos ha dado Collingwood no parece en modo alguno dar mayores luces a la última pregunta que le hemos y nos hemos propuesto. No encontramos en ella una mayor explicación, ya que creemos que la distinción fundamental que nos ha presentado, creación de costumbres sociales, bien puede cobijar tanto a las creaciones y acciones humanas que tienden a satisfacer o suplir las necesidades naturales de los hombres, que serían lo histórico, con la manifestación y ejecución de esas mismas necesidades vitales. Bien podemos considerar, y puede que no sea errado el hacerlo, que la satisfacción del hambre, del sueño y del apetito sexual pueden llegar a ser manifestaciones de importantes procesos históricos y sociales, y no manifestaciones de meros procesos naturales y, por ende, ahistóricos. Y bien puede llegar a serlo, puesto que el origen de muchos, sino de la gran mayoría, de los llamados acontecimientos históricos radica en la búsqueda de la solución a una determinada necesidad o anhelo natural, colectivo o personal, pero siempre social. Gran parte de la llamada historia de la ciencia. del más propio proceso del pensamiento, descansa en el afán de buscar nuevas y más fáciles soluciones a unas determinadas necesidades humanas. La historia de las relaciones y procesos económicos, la historia de las instituciones sociales, culturales o religiosas claramente nos están mostrando un afán semejante.

8. Collingwood, *op. cit.*, p. 250.

Con Patrick Gardiner [9], podemos denominar la concepción que sobre el proceso histórico mantiene Colligwood como "la teoría del interior y del exterior", puesto que, tal como lo hemos querido mostrar, el meollo constitutivo de lo histórico descansa, para este último autor, en los procesos de pensamiento que constituyen su interior y que modelan, lo que podríamos llamar, su aspecto y manifestación formal, su lado externo. Las explicaciones que sobre las conductas humanas nos puede proveer esta teoría se encuentran referidas en su totalidad a esa múltiple y variada escala de intenciones, deseos, esperanzas, planes, etc. que es dable encontrar en el desarrollo de la historia. Una historia entendida como el estudio de lo que los hombres han hecho en el pasado estaría necesaria e íntimamente interesada en la búsqueda de un cierto tipo de explicaciones, sino del todo semejante a las anteriores, por lo menos fuertemente emparentadas con ellas. Ya que estas intenciones, deseos, esperanzas y planes son producto y causa de acciones humanas, de acciones y hechos históricos. Pero debemos recordar que no son causas en el sentido común de la expresión. Y no lo son, por estar teñidas de una peculiaridad particularizante: no son causas observables, a lo menos en un sentido científico, son causas *ideales* que aparecen formando una unidad con las acciones externas que pretenden fundamentar y explicar. Su conocimiento sólo podría darse en y por un previo proceso de reduplicación, de revivencia, de reexplicación, de reactualización que debería producirse en la mente del interesado o del investigador. Esta teoría "de los motivos internos" como explicación del hecho histórico y por ende, de la generalidad de la historia, puede mostrarse y ser considerada como una transición entre las diversas razones y puntos de vista que llevan a sostener la hipótesis de que los motivos no constituyen ni representan causas en el desarrollo de la historia y la teoría diametralmente opuesta que confiere todo el peso y la importancia a las motivaciones y los motivos.

Dejando de lado otros aspectos del pensamiento de Collingwood que por más llamativos y significativos que sean no caben en los estrechos límites de esta investigación, y deteniéndonos un poco más en su teoría de las acciones humanas en la historia, no

9. Patrick Gardiner, *La naturaleza de la explicación histórica*, trad. J. L. González, ed. Universidad Nacional Autónoma, México, 1961.

deja de llamar la atención el que considere en los hechos históricos dados, concretos, conocidos, la existencia de una íntima y esencial división: el hecho histórico conocido sería lo "externo", algo que nos remite hacia un hipotético "interior". Es hipotético ese interior, en el sentido de la gran dificultad que presenta su conocimiento, que presenta su revivencia, la cual debe manifestar, mentar o recordar un determinado proceso mental pretérito. El desentrañar el sentido de la historia, misión fundamental del historiador, consistiría en un comprender, por repetición de vivencias, unas "escondidas" manifestaciones del pensamiento. [10] Pensamos actualmente que si bien es indiscutible que una de las finalidades de toda investigación histórica es aquella que hemos tratado de exponer a través y con el pensamiento de Collingwood, y que nos muestra cómo los hechos históricos y sus secuencias se hacen inteligibles por medio de los motivos, inmediatos o mediatos, que pudieron tener los hombres que los efectuaron y habiéndosenos hecho patente y notorio el hecho de que uno de los fines de la investigación histórica, de cualquiera que sea ella o cualquiera que sean sus fines, radica en lo que se pudiera llamar una investigación comprensiva de conciencias. Pero a pesar de todo, no debe, como parece no hacerlo, contentarse la ciencia histórica con permanecer en este nivel, por más alto o importante que sea. Tampoco pensamos que, como quiere el historiador Meyer, la fundamental misión del historiador, en este caso, del historiógrafo, debe limitarse a un "investigar los hechos que realmente han sucedido . . . en esto reside el fundamento sólido de toda historia". [11] No, la historia no puede considerarse de una manera tan fácil, tan simple. "Ustedes recogen los hechos, decía Febvre a sus alumnos. Para eso van a los archivos. Esos depósitos de hechos. Ahí no hay más que agacharse para colectarlos. ¡Ah ustedes! los limpian bien. Los colocan sobre el escritorio. Y hacen lo que hacen los niños cuando juegan con rompecabezas y tratan de reconstruir la bella figura que se les ha embrollado . . . el juego se ha acabado. La historia está hecha. ¿Qué más desean? Nada. Salvo: saber por qué. ¿Por qué se hace historia? ¿Y qué es

10. En esta teoría encontramos una dificultad metodológica, ya que de darse lo que Collingwood quiere, la historia se convertiría en un tejido de procesos especialísimos que, no sería atrevido pensar, dificultaría enormemente si no anularía la posibilidad de alcanzar esa "re-vivencia".

11. Meyer, *op. cit.*, p. 33.

pues, la historia".[12] Lo que se busca y desea encontrar en los hechos históricos no es su materialidad, su realidad física, por así decirlo, sino, pero siempre a través de ella, su significado humano. Que no puede ser conocido fuera de ella y que se encuentra siempre en ella misma. Que, en cierta manera, es esa misma realidad. Pero no lo es aislada o suspendida, ni mucho menos, muerta. Sino que muy por el contrario, puede ayudar a crear, a hacer surgir una realidad humana, una relación entre hombres dentro de una etapa social pasada y los miembros de una colectividad presente, sin importar de qué índole sea, sin tener en cuenta si es negativa o positiva, pero siempre buscando y tratando de mantener su realidad y su ser real.

El objeto de la historia está constituído por "acciones humanas de todos los lugares y de todos los tiempos" en la medida en que han tenido o tienen una determinada influencia en la existencia, estructura y modalidades de un grupo humano y, por intermedio del grupo, en una determinada sociedad humana.[13] Con ello no queremos negar ni la existencia ni la acción de una subjetividad en la historia. Pero pensamos que se manifiesta de otra manera. Tampoco queremos negar la concepción de la historia sostenida por un Collingwood: "Toda historia es historia del pensamiento". Pero, debemos agregar, toda historia debe presentársenos dentro del desarrollo de una vida colectiva, dentro de la vida de una sociedad determinada y en una etapa concreta de su desarrollo y trayectoria. Es decir, dentro de un determinado marco, con características particulares y peculiares, y en un momento fijo e incambiable. Y todo ello, por intermedio de los fríos y estáticos datos que se encuentran en los archivos, en los libros, en las historias, en los documentos, en la tradición, en las ruinas, conocidos como verdaderos e interpretados, analizados y *puestos al día*. Es en la interpretación, intento de apropiación por posesión y comprensión, de lo que se creen que mientan y significan esos datos como se puede llegar a revivir el pasado. El historiador, pues, tiene que parir la historia, tiene que darle vida, tiene que mostrar o bien la supervivencia de un determinado proceso o la coincidencia de uno ya cumplido y un o unos acontecimientos presentes, de su presente, o viceversa.

12. Febvre, *Combates . . .*, ed. cit., p. 117.
13. Cf. Goldmann, *op. cit.*, p. 15.

Tiene que *actualizar* el pasado. Y lo actualiza *intelectualmente*. Y ello es así ya que todo conocimiento de lo histórico se nos presenta, nos llega, mediado por formas de pensamiento. Formas que suelen aparecer tomando dos vías aparentemente diferentes, pero que se nos presentan como constituyendo dos aspectos complementarios de un mismo tipo de actividad humana. Bien podemos decir, sin temor a caer en exageraciones, que lo que se encuentra en documentos y archivos, lo que se encuentra por intermedio de los llamados datos, es el impacto que unos sucesos han dejado en la mente de un observador, que, casi nunca, puede considerarse completamente imparcial. Que, por una determinada posición personal, sea ella de índole política, sea producto de una profesión, de una determinada fe religiosa o filosófica, o consecuencia de pertenecer a una determinada clase social, o por influjo de cualquier otro tipo de intereses, lo hace contemplar, observar y comentar al proceso en cuestión de una determinada manera radicalmente diferente a como pueda hacerlo otro individuo colocado en otra posición y viviendo otra circunstancia. Tal es el caso por ejemplo, de la narración que de la "conjura democrática de Catilina" conocemos por intermedio de un observador que luchó contra ella: Cicerón, y lo que nos han dado a entender otros narradores que no se vieron envueltos en esa lucha de la plebe romana: Plutarco. No es sólo esta la fuente de lo que se puede llamar "parcialidad histórica". Ya que lo que el historiador quiere encontrar y buscar en y a través de las observaciones-datos no son otra cosa que menciones de acciones y hechos que dirijan su pensamiento, pretendidamente omnicomprensivo, hacia una determinada actitud que pueda coincidir con las personales inclinaciones y puntos de vista del investigador. Que lo puedan llevar hacia unos hechos humanos o intelectualmente humanizados, capaces de coincidir con sus puntos de vista y concepciones de los problemas, que sean capaces de hacer despertar en él a lo menos una sombra de comprensión. Quien tenga por más importante exponente y vocero de su sociedad a la personalidad, bien sea por inclinaciones personales o por una postura frente a la vida, dedicará toda su actividad como investigador de la historia al tratar de rastrear y seguir en el pasado la problemática acción y pasión de las personalidades, tal como efectivamente lo hizo un Carlyle. Quien, por el contrario, considere que el factor más importante de las colectividades no se encuentra represen-

tado en la vida de unos hombres particulares sino en las instituciones, verá a la historia como el campo de acción más propicio para el desarrollo, evolución y progreso de unos organismos jurídico-estatales, tal como nos lo ejemplifica un Mommsen. Quien sostenga que las sociedades se definen de acuerdo con las relaciones económicas que en ella y sus partes pueden darse, naturalmente se verá llevado a atribuír todo el peso de la acción histórica a dichas relaciones, tal como nos lo muestran no sólo los historiadores marxistas sino ciertos investigadores contemporáneos como Braudel.

A lo que parece,[14] nos encontramos con el hecho de que el "comprender intelectualmente" el devenir humano en su totalidad y en las partes en que se puede subdividir, no se dá solo en las llamadas *historias de la cultura* en donde es perfectamente comprensible que se dé algo semejante, sino que también se encuentra y dá en en aquellas manifestaciones de la historia que bien pudieran ser llamadas materiales, y no materialistas. En aquellas concepciones de la historia que nos quieren mostrar un *homo faber*, un *homo oeconomicus*, como siendo definitiva y radicalmente más importante que cualquier otra forma o manifestación de la acción humana vista a través del devenir de la humanidad. Sea legítimo el hacer esta división o no, no es esto lo que nos preocupa; lo que al parecer encontramos y encuentran los investigadores que así se enfrentan e interpretan así a la historia no es otra cosa que el impacto, el aspecto, la manifestación y las vivencias que a ellas se refiere y que una determinada acción *material* ha producido o desencadenado, por medio de un despertar, en el ánimo, en el intelecto, de un o unos hombres que la vivieron y la observaron y que de ella nos dejaron sus recuerdos. Bástenos recordar, por ejemplo, las tristemente famosas rachas de "hambruna" que con relativa frecuencia acosaban al campesinado europeo durante la Edad Media, o bien, la ruptura que en la vida económica de los habitantes indígenas de América se produjo como consecuencia y reacción frente a la conquista y colonización europea. O bien, la bancarrota y proletarización, que a consecuencias de la revolución industrial, se vió sometido el campesinado inglés a mediados del siglo pasado.

14. Teniendo en cuenta las variadas inclinaciones que se pueden encontrar en la historia, por intermedio de sus investigadores y tal como lo hemos querido ejemplificar más arriba.

Estos hechos, y todos los que se quieran aducir, han llegado hasta nosotros a través y por intermedio de cronistas, viajeros, recopiladores, periodistas e historiógrafos. Y no nos los han mostrado tal como lo haría, o debería de hacer, un frío y desapasionado observador científico, un observador absoluto. Nos lo relatan de acuerdo como los vivieron, o creyeron hacerlo. Nos los muestran de acuerdo y en función de sus personales interpretaciones, por intermedio de sus ideas y creencias. Es decir: *nos llegan interpretados y tamizados por medio de su subjetividad.*

De ser aceptada esta concepción intelectualista y subjetiva del devenir historiado, bien puede hacérsenos clara la radical imposibilidad que se encuentra en un considerar a la historia como un conglomerado de procesos aislados que no muestran entre sí mayores nexos. Y ello es así, porque podemos encontrar un primer y primordial factor unificante de lo histórico: Las acciones, puntos de vista e intenciones no ya únicamente de los hombres que han vivido los sucesos y hechos de la historia, sino de los hombres que la han estudiado y que la estudian. Bien podemos decir, que los nexos existen y se dan porque previamente existen unas subjetividades unificantes, puesto que son ellas las que van interpretando, y no hay otra manera, a la historia como cumpliendo las leyes de un desarrollo causal, o de un desenvolvimiento dialéctico o sometida a una evolución casual.[15]

Con la interpretación de las cuestiones anteriores podemos tratar de apuntar la existencia de unas notas que se nos presentan como peculiares y, más aún, como características de la historia y, por tanto, del suceso histórico. La historia, la historiografía, bien pudiera ser la ciencia de los hechos y los sucesos acontecidos y sufridos por los hombres y por ellos mismos hechos en el pasado, pero tal como los *ven* unos determinados hombres en un presente concreto y real. Por tanto, podemos agregar, es histórico todo aquello que se considere como teniendo alguna influencia sobre una determinada sociedad o estructura comunitaria. Sería histórico to-

15. No hace mucho nos habíamos preguntado sobre la posibilidad de enfrentarnos a los hechos históricos atribuyéndoles la modalidad de ser "sucesos insulares". Pensamos que es el momento de contestar esta pregunta negando su posibilidad y remitiendo su solución a la interpretación de la anterior pregunta.